474
relaciones
Montevideo Noviembre 2023
Uruguay: $150
Revista al tema del hombre

¿De qué se habla cuando se habla del poder?

Dada su conflictiva relación con la libertad, el poder ha sido considerado maligno o amenazante. La cultura de izquierda considera que las relaciones de poder se pueden extirpar (los anarquistas), o perder su carácter perverso cambiando de manos (el marxismo). Sólo existe en acto y con nuestra especie nació una inquietud emprendedora (para Nietzsche la 'voluntad de poder') de explorar, invadir, crear y destruir, y de hacer real lo posible.

Jorge Barreiro (páginas 7-9)

El feminismo y sus demonios

¿Existe una "ideología de género" o se trata de una categoría ficticia inventada por la derecha en su estrategia anti-derechos? ¿Hay detrás del feminismo un cuerpo de ideas firme con vocación científica o está contaminado con algunos sesgos ideológicos discutibles? No es poco frecuente que discrepancias sobre asuntos sensibles tengan su origen en un uso impreciso de la terminología, cuando no en su manipulación intencionada. Y cuando esto ocurre, los debates derrapan en un concurso de consignas que se confrontan sin posibilidad de síntesis. No habría mayores dudas sobre que el feminismo como tal es, además de un poderoso movimiento social, una ideología. Una que promueve la igualdad de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres combatiendo la discriminación de la mujer. Pero entonces, ¿a qué viene tanto revuelo sobre la la bendita ideología de género? Los enunciados con tinte ideológico suponen una visión parcial del mundo y para cualquier conjunto de ideas el mote de ideológico le cae como una descalificación.

M. Aguiar Pardo (páginas 18-24)

Abuso del lenguaje

En ocasiones el desarrollo de un discurso que intenta reivindicar para la ciencia un supuesto uso legítimo del lenguaje, se complica entrando en variados atolladeros. El examen que se propone este trabajo utiliza como excusa los conocidos argumentos que Alan Sokal publicara en la década de 1990, señalando sus detenciones.

María Alicia Harguindey (páginas 12-13)

Eliseo Ferrer y Jorge Liberati

hablan a fondo del libro

Sacrificio y drama del Rey Sagrado

Entre el Misterio y el Gnosticismo

Expropiando el mundo

Todo comienza por el lenguaje, y en un mundo dictado por la gramática neoliberal cabe señalar la transformación de nuestro mundo en una cuestión meramente transaccional y económica: nos acercamos al sufrimiento hablando de pérdidas y beneficios.

Carlos J. González (contratapa)

Economía: engaño, exceso y desperdicio

La sociedad de consumo justifica su existencia con la promesa de satisfacer los deseos humanos como ninguna otra sociedad pasada logró hacerlo o pudo siquiera soñar con hacerlo. Sin embargo, esa promesa de satisfacción sólo puede resultar seductora en la medida en que se sospecha que el deseo permanece insatisfecho.

Zygmunt Bauman (página 5)

Telón

Experiencia Macondo

Macondo o la gozosa muerte de García Márquez

M. E. Burgueño (páginas 30-31)

Ansina

Poeta de la patria, posverdad, ¿y después?

Javier Ricca (páginas 25-27)

La filosofía uruguaya, problema filosófico

En Urguay y en los últimos cincuenta años el nivel intelectual y profesional universitario registra grandes cambios: los jurisconsultos ya no son filósofos, los notarios ya no son los cultores del idioma; los arquitectos no proyectan, los médicos no auscultan, los ingenieros no calculan, los profesores no profesan. La conciencia nacional y la intelligentsia desvían su atención hacia la simplificación de los grandes problemas. El arte, el pensamiento y la educación, otrora de gran jerarquía, quedan sin evolución genuina y se estancan.

Jorge Liberati (páginas 6-8)

Entre el misterio y el gnosticismo

Entredichos: E. Ferrer / J. Liberati. (páginas 14-17)

Eliseo Ferrer / Jorge Liberati

Entre el misterio y el

Es antropólogo, ensayista, periodista y estudió Filosofía y Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid. Eliseo Ferrer es oriundo de Ontiñena-Huesca, España y vive en Madrid. Es autor de un libro imponente cuyo título -"Sacrificio y Drama del Rey Sagrado"- haría pensar que dice todo pero que en los hechos dice muy poco frente al universo de temas a los que enfrenta a lo largo de sus ochocientas páginas. Un libro que fue comentado en las páginas de relaciones (Nº 470, julio de 2023) que deja flotando una pregunta radical del tipo *¿ha habido alguna sociedad sin religión?*

–Veamos, está claro que su libro ofrece una continuidad temática en los asuntos que aborda desde el principio al fin. Se trata de llegar al mito de Cristo desde "su genealogía", como usted dice. Como lector de la obra e interesado en el tema, a mí me resulta complejo dar con la fórmula de ese proceso. Por eso, me gustaría sugerirle que, para situaros, usted resuma el desarrollo que plantea en su obra.

–Efectivamente, se trata de un proceso temporal e histórico que se da en al menos dos líneas de evolución cultural diferentes: la de las religiones de misterio, que heredaron el lenguaje y las ideologías de los tiempos del Neolítico, y la del gnosticismo, que heredó la tradición persa e indoirania: desde la gnosis de los rishis indios a la apocalíptica y a la gnosis de Zoroastro.

–¿Y como delimitar y perfilar estas dos líneas tan amplias?

–En términos formales y literarios, ese largo y doble proceso lo presento a través de tres secciones troncales y básicas, que denomino «libros». En el libro I abordo lo que denomino «la antropología y la arqueología del mito», fraguadas en la época del Neolítico. Este primer libro concluye con dos capítulos dedicados a «la mística transcendente de la religión indoirania»; una línea de trabajo muy importante, como luego veremos, y que, guste o no, resulta fundamental en la formación del cristianismo. El libro II está dedicado, por un lado, al estudio de las religiones de misterio, que desarrollaron el simbolismo cósmico de los cultos neolíticos, y, por otra, ahondo en los orígenes del gnosticismo cristiano a través de la presentación básica del monoteísmo de los filósofos griegos, de las interpretaciones del platonismo, de la filosofía del judío Filón de Alejandría y de obras básicas judías como el «Libro de Daniel» y el «Libro de la Sabiduría». Finalmente, el libro III, que es la parte más densa de toda la obra, como puede imaginar, ofrece un desarrollo de las ideologías y creencias que dominaron los distintos judaísmos helenísticos dentro de los que surgió el cristianismo: mesianismo (terrenal y celeste), apocalíptica, mística judía, gnosticismo etc. Por supuesto, la parte final de este libro tercero está dedicada a lo que considero como diferentes interpretaciones del Mesías-Cristo: el Cristo cósmico, el Cristo solar, el Cristo interior del gnosticismo y el Cristo de la Iglesia.

–Por supuesto, entiendo que el cristianismo y su mito de Cristo no surgieron de una línea excluyente e inequívoca. ¿Cómo resumiría en términos de influencias culturales esta introducción previa? ¿Qué líneas culturales confluyeron en ese doble proceso?

–Si le parece, Jorge, vamos a situarnos en el siglo primero de nuestra era para entender cuáles fueron las ideologías, relativamente marginales, por cierto, que se manifestaron en aquella heterogeneidad de judaísmos anterior a la reforma de los rabinos del siglo segundo; una heterogeneidad que careció por completo de ortodoxia ideológica más allá de los preceptos alimentarios, de la Ley y el Templo. Según todos los manuales, nos encontramos a la casta dirigente de los saduceos, quienes dominaban la sociedad y las instituciones judías. Por otro lado, los fariseos dominaban, por decirlo así, el ámbito de la cultura a través de la vigilancia del espíritu de la letra. Y los sectarios de Qumrán aparecían como un movimiento contracultural y antipolítico, completamente original y enfrentado al poder del Templo y de los saduceos. Por supuesto, todos esos manuales hablan de los zelotes y de otras muchas figuras tipo, pero para mí carecen de importancia si hablamos del Cristo-Mesías celestial y dejamos de lado al Mesías rey (político) de los judíos.

–¿Y las influencias culturales?

–Claro, lo importante, respecto a la que usted me pregunta, no es esta sociología de dominio común que cualquier estudiante aventajado maneja y conoce, sino las ideologías y las creencias, las doctrinas y textos literarios, que se filtraron bajo ese conglomerado de sectas e intereses culturales, religiosos y políticos. Y lo que encontramos bajo ese complejo y apasionante escenario de Judea y de la diáspora judía (Antioquía, Alejandría, etc.) es toda una literatura intertestamentaria hebrea muy mal estudiada que contiene de manera evidente e indiscutible dos elementos básicos que van a contribuir a la formación del cristianismo: la apocalíptica judía de origen persa (origen indoiranio), reflejada en obras como «1 Henoc», «2 Baruc» y «4 Esdras»; y determinadas obras judías donde se sentaban las bases del gnosticismo y de la mística judía (protognosticismo), tales como las «Odas de Salomón» y los «Salmos de Salomón», entre las más importantes. Junto a todo ello, fue determinante también lo que yo denomino la influencia alejandrina del texto la «Sabiduría de Salomón», básico en la construcción del Mesías celestial, y la importantísima influencia de la obra filosófica del judío Filón de Alejandría, padre del gnosticismo cristiano alejandrino y del neoplatonismo. Por supuesto, junto a todo ello, debemos añadir la importante influencia que las religiones de misterio griegas y orientales, herederas de aquellos arcaicos mitos neolíticos, ejercieron sobre el espacio cultural del helenismo que englobaba a todo el mundo judío. La idea del sacrificio ritual expiatorio del dios y la muerte-resurrección de la divinidad fueron ideas de los cultos de misterio que Pablo de Tarso fundió a la apocalíptica de origen persa y al protognosticismo de la mística judía.

–Son muchas sugerencias, Eliseo, ¿podríamos concretar y resumir, si le parece?

–Yo resumiría todo esto afirmando que el cristianismo primitivo fue en sus comienzos literatura apocalíptica, protognosticismo (derivado de la anterior) y misteriosofía paulina. Y para que sus lectores perciban algo de todo este entramado de influencias con nitidez y claridad, le voy a resumir el contenido de un texto que lleva por título «Las odas de Salomón». Esta obra fue un apócrifo judío de carácter gnóstico, que hablaba (mucho antes de Pablo de Tarso y del evangelio de Marcos) de la encarnación del Hijo de Dios (*Mashíaj-Christós*), y allí la Virgen concebía también por obra y gracia del Espíritu, que se presentaba en forma de paloma. La cruz era el árbol sagrado sobre el que Cristo-Salvador extendía sus brazos (tal y como los «Oráculos Sibilinos» presentaban a Josué, el hijo de Nun (el pez)), al tiempo que el Mesías-Cristo se paseaba también sobre las aguas: «Sus huellas se mantenían firmes sobre el agua –se lee textualmente–, sin ningún problema, pues eran tan firmes como el árbol que está verdaderamente levantado». Las «Odas de Salomón» hablaban, en definitiva, de un Cristo-Mesías judío de carácter gnóstico (o protognóstico) y ajeno a la misteriosofía paulina, que se sobreponía a la muerte a la que le llevaban sus perseguidores, ascendía finalmente a la gloria celestial y descendía también a los infiernos.

–Si le parece ahondamos en su propuesta relativa a los cultos neolíticos… ¿Qué fue y en que consistió el rito del «Sacrifico del Rey Sagrado»?

–Este sintagma es prácticamente el título a la obra que comentamos, y que tomé de Sir James G. Frazer («La rama dorada»), quien definió con ese nombre lo que yo considero el eje central del mito y el ritual de los cultos de carácter cósmico del Neolítico. Añadí el término «drama» porque el culto y los ritos de todas esas divinidades menores que morían y resucitaban incluían, siempre e invariablemente, una representación dramática de carácter cíclico temporal: el ritual del mito regenerador del cosmos del que tanto habló Eliade, y que, en el cristianismo, a pesar de su historia lineal, se traduce en el drama anual de la Pasión de Cristo. ¿En qué consiste el mito y el ritual del Sacrificio del Rey Sagrado? Se lo expliqué en dos palabras, Jorge… La «religión» cósmica del neolítico (entrecomillo el término «religión») interpretaba el mundo a través de un movimiento estacional que era clave

Serie: Entredichos
Últimos artículos publicados en esta serie:

(CII) Inquietante: el hombre crea dispositivos que lo crean a él. (Peter Sloterdijk/Luciana Leiderfarb, N° 470)
(CIII) La democracia en la era digital. (Martin Hilbert/Gerardo Lissardy, N° 471)
(CIII) "El mundo no humano también es digno de cuidados". (Allyson MaCkey/Agustín Courtoisie, N° 472)

gnosticismo

para el desarrollo de la agricultura, junto al movimiento del sol, de la luna y de las estrellas errantes (los planetas). Digamos que, con el nacimiento de la agricultura, tras el carácter lunar del Paleolítico, el sol se convirtió en el sujeto protagonista de ese movimiento cósmico que determinaba los ciclos anuales. Pero, frente a ese cosmos manifestado y percibido sensorialmente por los primeros agricultores y pobladores de las aldeas fluviales, existía también el misterio, la fuerza y el poder ignotos ejercidos por la Diosa Madre desde los espacios inmanifestados de las entrañas de la tierra. El caso, y resumo, es que, para aquellos primigenios cultivadores, el cosmos amenazaba todos los inviernos con su destrucción: el sol podía eclipsarse y no volver a brillar; la Diosa Madre (la Tierra) podía poner fin a su generosidad desde sus entrañas ctónicas y dejar de generar frutos y alimentos; la vida y el mundo podrían acabarse; los ganados podían perecer y las cosechas no volver a brotar. En consecuencia, frente a todo ello, se hacía necesario el sacrificio y la muerte ritual de un hombre joven y vigoroso, caracterizado como hijo y amante de la diosa, cuya sangre debía irrigar las arterias de la tierra; y, de esta forma, regenerar el cosmos, contribuir a la generosidad de la diosa y permitir el sucesivo desarrollo de los ciclos anuales. Finalmente, ese hijo de la diosa neolítica, ritualmente asesinado, resucitaba con las cosechas en primavera, al tiempo que las instituciones de la aldea preparaban a un nuevo joven para el próximo sacrificio.

—Debemos entender que los cultos o religiones mistéricas griegas y orientales fueron una proyección posterior de esos cultos primigenios del Neolítico?

—Más que una proyección de los cultos neolíticos, yo diría que los cultos mistéricos conformaron un amplio y variado movimiento salvacionista, de carácter místico, espiritual, personal y subjetivo, frente al inoperante objetivismo de las religiones de la Polis y la Civitas. Y utilizaron unas nociones perfectamente tipificadas que se habían fraguado en las culturas agrícolas del Neolítico, como, por ejemplo, la idea de muerte y resurrección de la divinidad. Se trata de algo a lo que nuestra cultura judeocristiana no le ha prestado demasiada atención, dicho sea de paso… En los cultos o religiones de misterio, la iniciación era el rito central, de carácter secreto, y adquirió su significado más profundo como *imitatio dei*; a través del descubrimiento de la esencia divina que se suponía cada individuo llevaba en su interior; con lo que se conquistaba, de esta forma, la facultad y el poder divino de la gracia y la inmortalidad. Los «dioses» salvadores de estos cultos fueron entidades carismáticas menores capaces de ofrecer la salvación a los hombres en términos de inmortalidad: Dumuzi, Tammuz, Atis, Adonis, Dioniso, Hércules, Esculapio, etc. Por eso, participar de la muerte y la resurrección de esas divinidades menores era esencial para alcanzar la salvación. Aunque esto no siempre fue así: hubo cultos de misterio, como los de Mitra, donde el dios no moría ni resucitaba; ascendía al cielo junto al sol sin pasar por la muerte, como ocurría en los mitos del gnosticismo.

—…Aquí llegamos a un asunto complejo y delicado, desde mi punto de vista. ¿Qué tuvieron que ver, según usted, los cultos indoeuropeos e indoiranios con el cristianismo y cómo intervinieron e invadieron el terreno de los cultos neolíticos y las religiones de misterio de Grecia y Asía Menor?

—La tradición indoirania, la tradición proveniente de la India arcaica y de la antigua Persia, es muy importante porque introdujo en el Medio Oriente y en Grecia la noción de transcendencia; es decir, la idea de que había poderes o fuerzas exteriores al cosmos (divinidades, potencias, majestades, etc.) que determinaban la vida material en la tierra. Hasta que aparecieron las influencias zoroastrianas en Mesopotamia, tras la conquista de Babilonia por Ciro el Grande, o hasta que se dejaron notar las influencias de la India antigua en el Pitagorismo, todo lo mistérico, lo sagrado o lo religioso (como queramos llamar al fenómeno) tenía carácter inmanente y se producía dentro de los límites cósmicos, bien en la cúpula celeste, bien sobre la tierra o bien en el inframundo. Por eso hubo una relación tan directa entre las divinidades y los astros; la astrología era también teología, o mejor aun astro-teología. Para calibrar la importancia de la tradición de la mística y la transcendencia indoirania, tenga en cuenta, Jorge, que la religión de Ahura Mazda constituyó un sistema de creencias que algunos consideramos como el primer monoteísmo de la historia: fue, además, la primera religión revelada por Ahura Mazda a Zoroastro; fue una de las primeras religiones de salvación de la historia y, a pesar de que no lo admite la tradición judeocristiana, fue la primera religión del libro con el «Avesta».

—¿Tan importante resulta para usted la literatura apocalíptica persa y las doctrinas de Zoroastro, dentro de este proceso evolutivo que dio lugar al cristianismo?

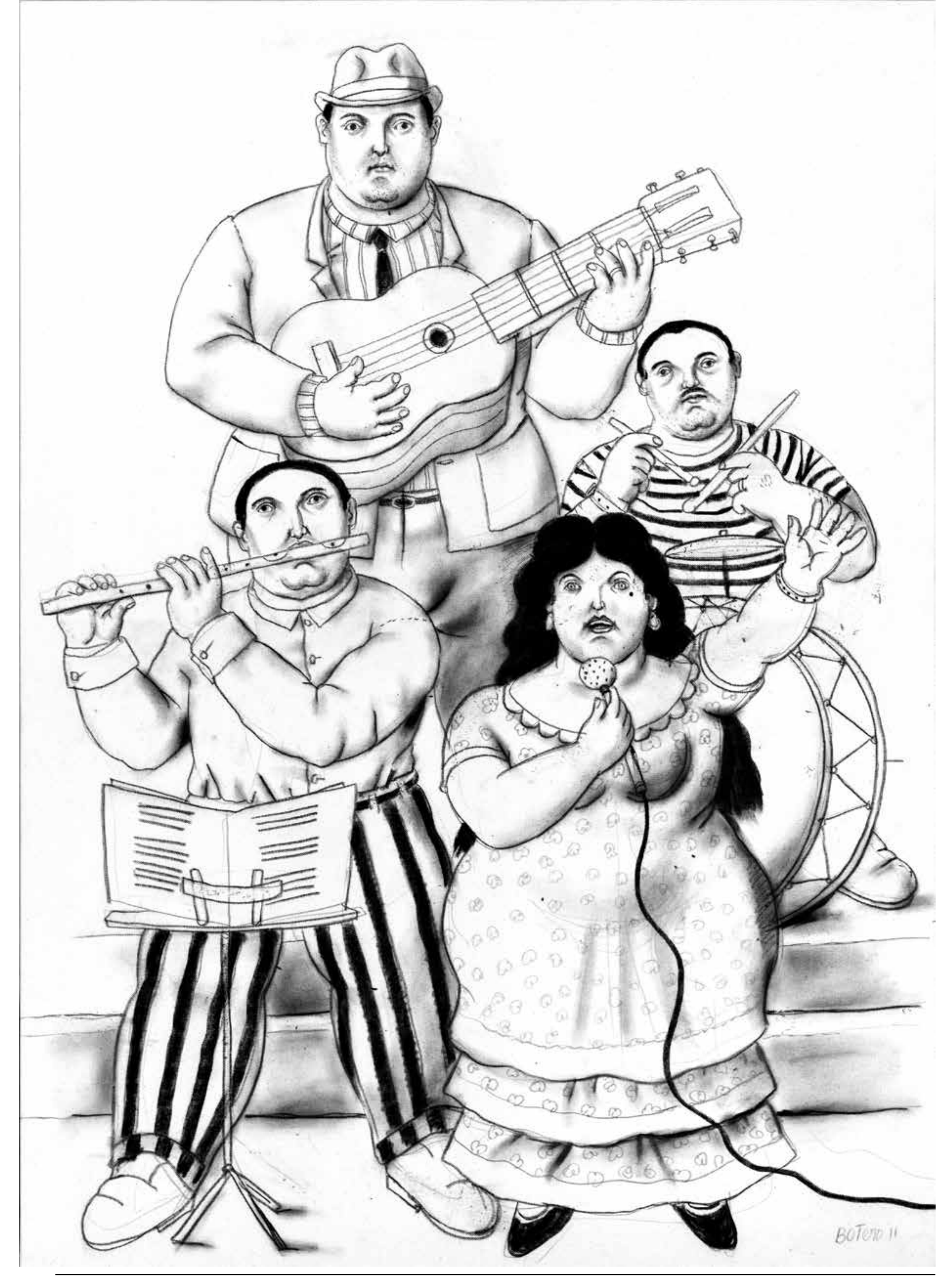
—Más que importante, yo diría crucial… Hoy nadie duda de que la literatura apocalíptica judía, heredera de la apocalíptica persa y helenística, está en la base del gnosticismo cristiano y es la matriz de la teología del cristianismo primitivo. Vaya por delante, sin embargo, la observación de que la tradición judeocristiana ha falsificado el zoroastrismo y la teología de Ahura Mazda, presentándonos algo completamente deformado históricamente y basado en una teología dualista (Ormuz y Ahrimán) que fue propio de la época del Imperio Sasánida (224 -651 dne). Pero lo cierto es que las doctrinas de Zoroastro y la teología de Ahura Mazda anteriores a los aqueménidas, del tiempo de esa dinastía aqueménida y de la dinastía de los arsácidas, hasta finales del siglo tercero antes de nuestra era, fue algo muy diferente y no deformado por el dualismo teológico degenerado con el paso del tiempo. Muchos investigadores interpretan hoy la teología de Ahora Mazda antigua como un henoteísmo, y cada vez somos más quienes vemos en ella una primitiva forma de monoteísmo. Dentro de esta teología antigua de Ahora Mazda revelada a Zoroastro era donde se producía la batalla escatológica, de carácter salvífico, entre el bien y el mal, que debía conducir al mundo, tras un cataclismo universal, a su purificación; y a los iniciados a la salvación en un nuevo plano de realidad.

—Sería muy interesante que destacara en pocas palabras los datos más relevantes de la religión de Ahura Mazda y de su profeta Zoroastro… Los datos de esa batalla escatológica.

—Por supuesto. La religión de Zoroastro, que fue resultado de la reforma de la religión de los antiguos ariófonos persas, tras la revelación de Ahura, presentaba un dios Padre creador, bueno, omnipotente y omnisciente (Ahura Mazda). Y describía los mitos del juicio final, del fin del mundo y de la resurrección de los muertos, como fundamentación de su ética y de su moral. Tras la muerte, ofrecía la recompensa o el castigo, el cielo o el infierno; instituía el rito de la confesión de los pecados; entre los espíritus auxiliares de Dios se encontraban los santos benefactores (ángeles y arcángeles) y los *daōuua* (demonios) o espíritus del mal. Esta doctrina participaba, además, de los mitos del hombre primordial, Gayō mart (el «Hijo del Hombre»), y de la primera pareja humana, Masye y Masyane (*Mašōa* y *Mašōōnag*), equivalentes a Adán y Eva. Poseía también una antiquísima noción del «pecado original»; Angra Mainyu (hijo de dios) anticipaba bajo propia elección la figura de Satanás, y su antagonista, su hermano, el «espíritu santo» (Spenta Mainyu) facilitaba junto al Padre los buenos pensamientos, las buenas palabras y las buenas obras que debían permitir la salvación (del «cuerpo» y el alma) tras la muerte. Y ahora viene lo bueno, porque esto le sonará… Con el objeto de facilitar la salvación a los iniciados, Ahura Mazda enviaba al salvador Saoshyant (*Saošiiant*) a la tierra, quien debía nacer de una virgen en una gruta y ser anunciado por la luz refulgente de una estrella; luego, debía redimir a la congregación de los creyentes tras la batalla escatológica del fin de los tiempos y celebrar el juicio final.

—¿Cómo intervino y condicionó todo esto el judaísmo de los primeros siglos de la era anterior?

—De una manera importantísima. Tenga en cuenta que desde la conquista de Babilonia por Ciro el Grande el año 539 antes de nuestra era, hasta la conquista de Jerusalén por Alejandro, el año 333, los persas dominaron por completo el mundo y la cultura judía, tanto en Jerusalén y Judea como en la diáspora que permanecía en el exilio mesopotámico. El propio profeta Isaías calificó a Ciro de «Ungido de Israel» (Cristo-Mesías), y la colaboración entre estos dos pueblos con tan parecidas instituciones religiosas fue realmente fructífera y provechosa. Por otra parte, tras la conquista de Alejandro de Jerusalén y Judea, la cultura del helenismo (que incluía elementos griegos, mesopotámicos y persas) invadió todos los espacios del judaísmo. Y en esta nueva etapa se acrecentaron las antiguas influencias, ya que las doctrinas apocalípticas derivadas de la teología y de la ética zoroastrianas, se irradiaron por todo el Medio Oriente. Así fue como ciertos sectores del judaísmo de carácter qumranita y mesiánico aceptaron los presupuestos apocalípticos de las



doctrinas de origen persa de la resurrección de los muertos, la batalla escatológica, el fin del mundo y el juicio final a cargo de un juez salvador enviado por la divinidad.

—Llegados a este punto, y por falta de espacio, debemos resumir y concretar la idea del crisol que fundió todos estos elementos culturales y religiosos y les ofreció un nuevo horizonte ideológico y cultural.

—En ese crisol del que usted habla yo creo que fue fundamental la figura de Pablo de Tarso. Observe que hablo de «figura» y no de un personaje llamado Pablo… Sobre esto habría mucho que hablar; pero, bueno, ahí están sus cartas, más o menos manipuladas por la Iglesia de finales del siglo segundo; más o menos interpoladas y más o menos adaptadas a la estructura lógica del Nuevo Testamento. Como bien señaló Rudolf Bultman, Pablo de Tarso fundió la noción de los cultos mistéricos de la muerte y la resurrección de la divinidad con el discurso apocalíptico que se estaba transformando en esas fechas en protognosticismo. En el protognosticismo o gnosticismo, Dios enviaba a la tierra a un salvador para revelar la luz y la verdad divina, y, tras cumplir su misión, retornaba a los cielos. De manera similar, en la apocalíptica precedente, Dios enviaba a un juez salvador para juzgar a los hombres (el ya citado Saoshyant o el mismo Jesús). Pero la misteriosofía paulina, heredera de los cultos de misterio y de la tradición de las acendradas mitologías cósmicas del Neolítico, fundaba una mística y una relación de identidad de los iniciados con la divinidad que echaba mano también de las doctrinas gnósticas; dentro de la cual, el revelador gnóstico de la divinidad debía morir y resucitar al estilo mistérico como modelo de la futura promesa de salvación. Y eso fue el cristianismo primitivo: una síntesis de la apocalíptica a través de la que un ser divino descendía a juzgar; del protognosticismo, a través del cual una deidad descendía a la tierra para revelar la luz y la verdad; y de la misteriosofía, a través de la cual el iniciado debía morir y resucitar junto a la divinidad.

—¿Tan importante resulta Pablo de Tarso en su teoría del cristianismo?

—Para mí, es la pieza fundamental. Y no solo del cristianismo de la Iglesia, sino también de la mayor parte de las manifestaciones del cristianismo gnóstico, que fue anterior a las reformulaciones eclesiásticas de finales del siglo segundo. Si, para la Iglesia, Pablo fue «el apóstol de los gentiles», para el gnosticismo cristiano fue «el apóstol de la resurrección».

—Usted afirma, citando a Nietzsche que «el cristianismo fue un platonismo para el pueblo». ¿De dónde deriva semejante afirmación?

—Nietzsche, en «Más allá del bien y del mal», habló de una manera genérica, pero no se equivocó cuando dijo estas cosas. De hecho, la «Sabiduría de Salomón», obra judía escrita en griego en Alejandría, en el siglo primero antes de nuestra era, y en la que se inspiró muy probablemente la figura del Mesías celestial, fue una obra eminentemente platónica. El cristianismo comenzó siendo una variante muy singular del platonismo. Y esto fue así porque el cristianismo eclesiástico surgido con Ireneo de Lyon a finales del siglo segundo fue primeramente y antes que nada un cristianismo gnóstico. Y el cristianismo protognóstico o gnóstico, surgido de la mística del judaísmo, se propuso, de manera semejante a como hizo Filón de Alejandría, interpretar el «Génesis» a la luz y bajo la inspiración del «Timeo» de Platón. Todo el cristianismo de los dos primeros siglos fue platónico; pero ocurrió que, a partir de las últimas décadas del siglo segundo, y con el fin de desmarcar a la Iglesia de los múltiples docetismos, del cristianismo de Marción de Sinope y de los maestros cristianos gnósticos, los obispos romanos comenzaron a abandonar el misticismo para adoptar posiciones filosóficas más acordes con el realismo y hasta con el materialismo sacramental. Un ejemplo claro de ese materialismo de la Iglesia lo ofreció su interpretación de la comunión mística con la divinidad; es decir, la eucarística... La transubstanciación del pan y el vino no llevaban directamente al espíritu, sino a la sangre y a la carne material del cuerpo de Cristo.

—El gnosticismo, entonces, según usted, fue clave para la formación del cristianismo que hemos heredado de la Iglesia. ¿Es correcta esta lectura?

—En efecto, pero hablamos ya del gnosticismo paulino del siglo segundo. Le recomiendo a usted y a sus lectores la excelente obra del jesuita español Antonio Orbe, en particular su «Cristología gnóstica I y II», donde afirmaba con toda solemnidad que la teología católica fue, primeramente y antes que nada, teología gnóstica (en versión paulina). Desde hace treinta años vengo oyendo a hablar de algo que leí con gran sorpresa por mi parte, hace ya muchos años, en una obra de Elaine Pagels. Esta autora californiana experta en evangelios gnósticos afirmaba ya en las últimas décadas del siglo pasado que la teología católica no era más que una simplificación popular y vulgarizada de la compleja teología gnóstica. Yo no sería tan tajante… Lo que yo propongo son dos alternativas diferentes: bien podemos hablar de simplificación (*a posteriori*, a finales del siglo segundo), o bien de un escaso desarrollo del protognosticismo paulino originario (*a priori*, en el siglo primero); o una síntesis de ambas cosas. Pero lo cierto es que la teología cristiana conformada por la Iglesia se sustenta sobre el mito gnóstico, en estado puro, del descenso del Hijo de Dios a la tierra, y sobre la misteriosofía de la muerte y la resurrección de la divinidad.

—…¿Y donde queda, en su teoría del cristianismo, todo lo que nos ha enseñado la Iglesia relativo a la historia de los evangelios y a todo lo que se dice en el Nuevo Testamento?

—Todo eso nos llevaría muy lejos, y no creo que sus editores nos permitan explayarnos más de lo debido. Desde mi punto de vista, el Nuevo Testamento fue una construcción doctrinal elaborada a la medida de los intereses de la Iglesia; que fueron los del combate y derribo del obispo Marción, la aniquilación de los maestros valentinianos

gnósticos y el final de todos los docetismos imperantes en el siglo segundo. Dentro de este contexto, los evangelios, mal colocados en el guión neotestamentario, porque fueron posteriores a las cartas de Pablo de Tarso, fueron todo un modelo de midrash-phéser judío en el que se introdujo la crónica de una pasión y muerte anunciada desde las primeras líneas, en las que el espíritu descendía desde los cielos a la tierra.

—Cambiando de tema, he de hacerle una observación. Me ha sorprendido que en la introducción del libro usted se declara textual y abiertamente «ateo y materialista». ¿No cree que una afirmación tan sincera y radical puede no gustar a mucha gente que huye de posiciones doctrinarias e ideológicas? Máxime, en un libro como el suyo, que se mantiene en todo momento dentro de las formas y los esquemas académicos.

—Fue algo deliberado y consciente, Jorge. Un gesto de valentía por mi parte con el que resumir mi metodología. Además, con ello quise dar a entender a los lectores que, muy probablemente, no iban a perder el tiempo, como muchas veces ocurre con los ríos de literatura insustancial y mostrenca que en la actualidad derrocha una gran parte del mundo académico.

—El filósofo materialista español Gustavo Bueno, ¿ha sido un elemento determinante en la configuración de su obra?

—En la configuración de mi obra, no; en mi metodología sí, y de manera determinante. Aunque he de decir que encuadro todo el esquema diacrónico ofrecido en «Sacrificio y drama del rey sagrado» dentro del esquema diacrónico (religión primaria, secundaria y terciaria) que Bueno propone en su teoría de la religión de «El animal divino».

—Otra de mis grandes sorpresas, al finalizar le lectura de su libro, fue que, si usted se declaraba «ateo y materialista» en la introducción, a lo largo de sus más de setecientas páginas, cita a muchísimos autores católicos, protestantes y creyentes en general. La verdad es que no estamos muy acostumbrados a esto. Comprenderá usted que su obra me resulte muy singular, en este sentido.

—Le agradezco mucho sus observaciones, Jorge, que, por cierto, prueban que no soy un ateo militante ni un autor antirreligioso. Creo que, por encima de todo, soy un autor dialogante que ha sabido rescatar muchas cosas interesantes planteadas por autores creyentes, fuesen católicos o protestantes.

—¿Cuáles serían, entonces, los pilares de su teoría del cristianismo?

—Debo advertirle que en esta obra ofrezco catorce páginas de bibliografía referenciada en las notas a pie de página. Pero le hablaré de los autores más destacados o aquéllos por los que tengo más acercamiento y predilección. Quizá su enumeración interese a alguno de sus lectores. En cuanto a autores de principios del siglo veinte, con teorías o propuestas en parte superadas, pero en parte muy aprovechables, yo citaría a James G. Frazer, a Wilhelm Bousset, Alfred Loisy, Walter Bauer, Franz Cumont, Walter F. Otto, Franz J. Dölger o Aldolf Von Harnack. Por supuesto, no podemos olvidar a los también clásicos Edwin Rohde, Emil Schürer y Martin P. Nilsson. Por otra parte, autores populares y muy conocidos de todo el mundo que siempre me han interesado mucho son Mircea Eliade y Joseph Campbell. Entre los autores clave de nuestra materia, presentes en el siglo veinte, debemos hablar obligatoriamente de Rudolf Bultmann, Ernst Käsemann, los jesuitas Jean Daniélou y Antonio Orbe, el profesor de la universidad de Chicago Robert M. Grant, Henri Jonas y, por supuesto, Carl G. Jung. Y me dejo en el tintero a otros muchos… Además, siento una especial predilección también por la obra de Henry Frankfort, Walter Burkert, Marija Gimbutas, Mary Boyce, Werner Jaeger, Károly Kerényi, William K. Guthrie, Geo Widengren o Martin Hengel. Sin olvidar, por supuesto, a Gustavo Bueno, Marvin Harris o Lévi-Strauss.

—Finalmente, y si le parece, Eliseo, le voy a formular una pregunta que me inquieta y que se encuentra fuera del contexto de su obra. ¿Ha habido alguna vez en la historia alguna sociedad sin religión?

—Me parece muy interesante su pregunta. Y con todas las matizaciones, cautelas y comillas, le respondo que, efectivamente, sí, ha habido sociedades sin religión institucionalizada. Esto ocurrió en las culturas de las ciudades de la civilización del Valle del Indo (3500-1300 antes de nuestra era), en Mohenjo-Daro y Harappa. Pero ojo, allí no se ha encontrado entre sus ruinas ningún manifiesto ni proclama antirreligiosa ni una estela a favor del ateísmo, como puede imaginar. Este punto de vista, aceptado yo diría casi universalmente, es una interpretación de los restos urbanos que han hecho los arqueólogos, dentro de los cuales, en un área de bastantes kilómetros cuadrados ocupados por decenas de ciudades, no se han encontrado restos de templos ni de lugares espaciosos dedicados al culto. ¡Pero mucho cuidado!... El que no se hayan encontrado restos de recintos sagrados dedicados al culto no elimina la posibilidad, como demuestran las estatuillas y las figuras votivas halladas por doquier, que pudiera haber existido alguna devoción-superstición, o culto cósmico o de la fertilidad o de los antepasados, de carácter familiar y privado, y sustentados en representaciones menores. Hay que tener mucho cuidado cuando hablamos de «religión», que, desde mi punto de vista, debe implicar necesariamente la institucionalización social y política del culto. Pero todo esto, tal y como yo lo concibo la religión, no apareció hasta muy tarde: hasta la época de los aqueménidas persas con la religión de Zoroastro; hasta el siglo segundo con el nacimiento de Iglesia católica romana, y hasta el siglo tercero con la aparición en Persia de la Iglesia Nacional sasánida. Todo ello, si exceptuamos, claro está, los distintos judaísmos instituidos en torno a la Ley y al Templo tras el regreso de los exiliados de Babilonia. Antes de todo eso, yo prefiero hablar de cultos públicos y cultos privados, y omitir el término «religión»; aunque, a veces, uno se vea obligado a usarlo en términos coloquiales.

—¿Entonces, según usted no ha habido sociedades sin religión y sin culto?

—Hablar de «religión» equivale a practicar un anacronismo respecto al pasado que no aclara nada y lo confunde todo. Lo que yo sí le puedo decir es que no ha habido sociedad ni cultura alguna en la historia cuyos individuos no manifestaran tensión y expectación ante el misterio de lo latente, inmanifestado y desconocido; lo que ha dado lugar a todo tipo de mitos y de ritos. Esto es algo que ocurre, incluso, en nuestra sociedad contemporánea, en la que el ritualismo ha adquirido formas todavía no del todo racionalizadas y los mitos siguen siendo fuentes de cohesión y aparente convivencia.

J'accuse

El racismo contra los judíos es más peligroso que el racismo contra los negros, porque las personas que son racistas contra los judíos piensan que este prejuicio *es una virtud.* Especialmente en los círculos intelectuales y periodísticos, demasiadas personas asumen que su odio visceral hacia los judíos es en realidad un puño levantado por la rectitud. Es decir, las personas que se han pasado la vida viendo "racistas" y "fascistas" en cada esquina son las mismas personas que en los últimos 15 días han hecho dos cosas: se han alineado con los verdaderos fascistas (Hamás) y han obrado abiertamente como racistas.

Estas personas no harán un mea culpa porque piensan que están ungidas por el óleo sagrado de los justos. Estos seres perfectos, que han pasado los últimos años condenando a la gente por chistes y opiniones, ahora no condenan la barbarie del 7 de octubre. Por lo tanto, estos seres élficos con plumas y orejas puntiagudas piensan a través del siguiente mecanismo: los que están a mi lado pueden matar, porque podré excusarlos; los del otro lado ni siquiera pueden hablar, porque las palabras de los demás son armas.

En las salas de redacción y en las redes sociales, que están confundidas en este momento, muchas personas perdieron el tiempo desacreditando la idea de que Hamas había decapitado a todos esos bebés. Los bebés fueron asesinados de varias maneras solo porque eran judíos, pero a los periodistas, columnistas y académicos les preocupaba que todos hubieran sido decapitados. *¡No, no, Hamas, una fuerza nazi, nunca quemaría y decapitaría bebés!* El horror del 7 de octubre fue relativizado, celebrado o burlado, y luego la carga de la violencia se trasladó a la respuesta legítima de Israel. Hay más críticas a la futura invasión de Israel que al terrorismo islamista que ya se ha consumado. ¿Cuál es el mensaje? Los judíos que son masacrados, los judíos deben ser golpeados y silenciados, deben ser arreados como ovejas al matadero. Si son agentes de su destino y no víctimas pasivas que esperan el justo auto de fe, los judíos son inmediatamente criticados.

En esta atmósfera antisemita, las personas con responsabilidades inmediatamente esperaban y quisieron creer que la explosión del hospital había sido un ataque intencional de Israel, es decir, *inmediatamente* creyeron en la propaganda de Hamas. No esperaron a entender lo que había sucedido, prefirieron creer de inmediato que se trataba de un ataque intencionado de la aviación israelí, porque *necesitan* creer que Israel es intrínsecamente malévolo.

Ahora se sabe la verdad: fue un disparo involuntario de la yihad, algo muy común. Pero mientras tanto, al difundir la mentira de Hamas, los medios de comunicación, los políticos y los intelectuales occidentales han contribuido a la quema de la calle árabe que hace la vida aún más difícil para los moderados de la región, que intentaban alcanzar un histórico acuerdo de paz con Israel. Este es el trágico efecto de la infame alianza entre los llamados "progresistas" occidentales y las fuerzas más fascistas del mundo, los radicales yihadistas. Y el cemento de esta alianza es el antisemitismo. No pasan por aquí. Puedes echarme la mala prensa que quieras, ya sé lo que gasta la casa, pero esta infamia no quedará aquí.

Henrique Raposo